

su poder psicagógico.

VI.

CONSERVACIÓN Y TRANSFORMACIÓN DE LA VISIÓN DANTESCA DE LA REALIDAD.

No vamos a hablar aquí del influjo de Dante en la posteridad, en el sentido usual que se aplica al término. Ni los imitadores de la Comedia, escasos y poéticamente nada significativos, ni la incidencia, muy dudosa, de las ideas y doctrinas de Dante, ni siquiera la «historia de su fama» mucho más importante, en una palabra, nada de lo que en Italia se denomina la fortuna di Dante puede ser de interés en relación con este estudio. En cambio vamos a referirnos a algo que Dante creó y a lo que perduró en estado vivo de su obra sin preocuparnos por saber si aquéllos a quienes concernía siguieron o no sus enseñanzas, si le amaban u odiaban, o si simplemente le conocían. Lo importante es que el territorio que había descubierto permaneció conquistado; muchos lo hollaron, algunos lo exploraron, y pronto dejó de saberse que él había sido el primero, o nadie se daba cuenta de este hecho. Ese algo que permaneció vivo, ese territorio que había descubierto es la evidencia de la realidad poética, la moderna forma europea de mimesis del acaecer producida por las artes.

[Evidencia de la realidad poética]

Sonido-movimiento-figura denomina Stefan Geor-

ge¹ a lo que convierte a Dante en el iniciador de toda la poesía moderna. Quizá no sólo de la poesía. Dante encontró la figura del ser humano que la conciencia europea posee y que se manifiesta también en las artes plásticas y en la historiografía. Lo que la Antigüedad europea había formado de una manera completamente distinta y la Edad Media no formó nunca, a saber, la reproducción del ser humano no en la lejana forma de la leyenda, tampoco en la formulación abstracta o anecdótica de tipo moral, sino en el individuo conocido, viviente, ligado a la historia, el individuo dado en su unidad y completud, en una palabra, la imitación de su naturaleza histórica, Dante fue el primero en lograrlo y le siguieron en esta tarea todos los artistas posteriores forjadores del ser humano. Es irrelevante si trataron un tema histórico o un tema mítico o uno religioso; también el mito y la leyenda pasaron a ser ahora historia en el sentido mencionado. Incluso en las representaciones de los personajes sagrados se persiguió a partir de entonces un recogimiento vital y una evidencia histórica, como si aquellos personajes pertenecieran al curso de la historia, y la historicidad inmanente de la leyenda cristiana, de la que hemos hablado en reiteradas ocasiones, llega ahora a un amplio despliegue. Se trata de una totalidad más íntegra y unitaria hecha de espíritu y de cuerpo la que ahora, envuelta en la trama de su destino, debe ser representada y ofrecida, y la que, pese a la diversidad de las artes y al cambio del gusto formal, atravesando muchos peligros y turbiedades, se ha mantenido hasta la actualidad.

[Decadencia de la doctrina]

En nuestro trabajo hemos tratado de mostrar, sin

1 Prólogo a las traducciones de Dante.

embargo, que esta descomunal conquista no surgió enteramente libre ni por casualidad de la intuición de Dante, sino que sus facultades creadoras se inflamaron con el tema, y que fue el tema lo que le impulsó y constriñó a conquistar en el juicio divino la verdad completa sobre cada ser humano histórico y, por consiguiente, sobre su figura. Una y otra vez se ha hecho hincapié en la estrecha relación entre su genio poético y su doctrina. Pero su doctrina no tuvo duración. La *Comedia* representó la unidad física, ética y política del cosmos escolástico-cristiano en una época en la que comenzaba a perder su integridad ideológica: la actitud intelectual de Dante es la de un defensor conservador, y su lucha trata de recuperar lo ya perdido; en esta lucha fue vencido, y sus esperanzas y profecías no se cumplieron nunca. Ciertamente, hasta bien entrado el Renacimiento existió la idea de una hegemonía mundial romano-imperial, y la indignación por la corrupción de la Iglesia condujo a los grandes movimientos de la Reforma y la Contrarreforma. Pero aquella idea y aquellos movimientos sólo tienen en común con la mentalidad de Dante algunos rasgos externos, y se originaron y crecieron independientemente de ella. Fueron en parte sueños fantásticos, en parte combinaciones de política pragmática, en parte grandes revueltas populares o también una fusión de estos tres aspectos: en cualquier caso, nunca poseyeron la profundidad ni la unidad universal de la cosmovisión dantesco-tomista, y su resultado no fue la humana civilitas en su extensión ecuménica, la que esperaba Dante, sino una desmembración creciente de las fuerzas formadoras de cultura. No comienza a formarse una nueva idea práctica de la unidad de la sociedad humana hasta que la razón desescombrante de los siglos XVII y XVIII no destruye la ideología imperialista y la cosmovisión cristiano-medieval arruinada por las luchas internas. Para la historia de las ideas en Europa, la obra de

Dante no tuvo prácticamente ninguna influencia; inmediatamente después de su muerte —incluso podría decirse que ya durante su vida—, tuvo lugar una completa transformación en la estructura intelectual entre los literatos y las clases cultas, transformación, en la que Dante no participó, marcada por la transición del espíritu escolástico al humanista, y que neutralizó el efecto de una obra de pensamiento tan riguroso como la *Comedia*. Sólo hay que pensar en Petrarca, nacido apenas cuarenta años después que Dante, para darse uno cuenta de la importancia de esta transmutación de valores. Petrarca no es realmente de otra pasta diferente a la de Dante, no es un adversario de sus aspiraciones, sólo que lo que movía a Dante, toda la actitud y forma de su vida, se le ha vuelto ajeno. Lo que le diferencia fundamentalmente de Dante es el cambio de posición en relación con la propia personalidad; Petrarca ya no cree encontrar la perfección propia y la autorrealización en la mirada a lo alto —como el retrato de Dante pintado por Orcagna en el fresco del Juicio Final en Santa Maria Novella—, sino en un cultivo consciente del propio carácter. Pese a estar muy por detrás de Dante en lo que se refiere a la fuerza del elemento natural y personal, no está dispuesto a tolerar por encima de él ni orden ni soberanía, ni siquiera la soberanía del orden universal al que se sometió Dante tan apasionadamente. La soberanía del individuo de la cual Petrarca fue la primera y más representativa encarnación en la nueva Europa, tiene multitud de formas y variantes, en ella se unen todas las tendencias de la época moderna, tanto el espíritu de los negocios como el subjetivismo religioso, el humanismo lo mismo que la voluntad de dominio material y técnico del mundo. Es incomparablemente más rica, profunda y peligrosa que la antigua cultura de la persona porque heredó del cristianismo, del que se origina y al que finalmente rebasó, la agitación febril y el impulso hacia

el exceso; y echó abajo la estructura acotada del mundo de Dante (al que, no obstante, debe su actualización).

[Espacio histórico del ser humano]

Por lo tanto, aunque se nos conceda que la creación dantesca de la figura está estrechamente ligada al tema tratado, que por tanto en Dante doctrina y poesía no son separables, sin embargo sí parece tratarse de un caso aislado que no se repitió y que por esta razón no es en absoluto esencial para la intelección de lo poético. Y es que el arte de la imitación de lo real se fue perfeccionando con posterioridad de manera completamente independiente y alejada de los requisitos que quizás sean aplicables a Dante. Ningún poeta ni artista posterior recurrió al escatológico destino final para hallar la unidad de la figura humana: al parecer, una sola facultad intuitiva bastó para conciliar en un todo la observación interior y exterior.

Pero una consideración así no agota la problemática. Ignora o subestima los residuos de las facultades intelectuales que están en la base de las manifestaciones de la voluntad creadora, y no es capaz de reconocerlas cuando se modifican las capas superiores de la conciencia. Todo el mundo admite que en la historia de la cultura europea, el Renacimiento representa una unidad y que en él, el elemento decisivo unificador es el autodescubrimiento de la personalidad humana; y también es intenso el sentir que hace que Dante, a pesar de su cosmovisión medieval, figure al comienzo de ese proceso. Por lo tanto, tendremos que suponer en la estructura de esta cosmovisión medieval aquello que, aunque de difícil formulación quizá, permaneció intacto y fue la base de la nueva formación del ser humano. Y, efectivamente, en la historia de la cultura europea de la época moderna existe una

constante que se ha mantenido invariable a través del cambio de las formas religiosas y filosóficas, y que es reconocible primeramente en Dante, a saber: la idea (como quiera que esté fundamentada) de que el destino individual no se puede descuidar sino que es necesariamente trágico e importante, y que en ella se manifiesta la coherencia del mundo. Esta idea existía ya en la antigua mimesis, pero su fuerza era menor porque la conciencia de la indestructibilidad del individuo y de la irrevocabilidad de la vida que se vive una sola vez, la conciencia del breve espacio de tiempo en el que se decide su destino, no encontró en los mitos escatológicos el apoyo que sólo le ofrecieron el cristianismo y la historia de Cristo. Frente a la obnubilación del sentido histórico producido en la temprana Edad Media que sólo permitía contemplar al ser humano en la dura rigidez de la abstracción moral o espiritual, o en la lejanía onírica de la leyenda, o también en la deformación particular de lo cómico-grotesco, en una palabra, fuera de su espacio vital natural e histórico, el renacimiento dantesco de la naturaleza histórica del ser humano que busca a éste en su evidencia y en su completud corpóreo-espiritual, y lo encuentra, es al mismo tiempo algo viejo y nuevo que después de un largo letargo regresa más rica y potente como nunca antes. Y aunque la escatología cristiana de la que nació esta creación perdió su unidad y su fuerza actualizadora, la conciencia colectiva estaba sin embargo tan impregnada de ella que la concepción del destino humano, incluso en artistas no cristianos, conservó aquella tensión e intensidad completamente cristianas que es la herencia de Dante. En el destino individual, la mimesis moderna se encontró con el ser humano; lo elevó de la irrealidad llana de una lejanía sólo construida o sólo soñada, y lo colocó en el espacio histórico que es su vivienda real. Pero este espacio histórico tenía que ser redescubierto; y partiendo de una cultura espiritualista

que o bien no contemplaba en absoluto el acaecer o lo consideraba una preparación alegórica del destino final, el espacio histórico del ser humano sólo podía encontrarse desde el destino final como meta y sentido del acaecer en la Tierra. Una vez encontrado, la extrañeza lógica y sensible frente al acaecer en la Tierra no podía sostenerse más. El contenido de realidad y el historicismo inmanente implícitos en el destino final de la Comedia refluyeron en la historia propiamente dicha y la llenaron con la sangre de auténtica verdad: quedaba demostrado que en el destino final estaba contenido el material de vida terrenal concreta, y que el acontecimiento, en su unicidad auténtica, concreta, completa, se volvía importante en el juicio de Dios. La historia como tal, la vida terrenal del ser humano experimentó a partir de este centro una vivificación y un aumento de valor, y ya en la Comedia, que refrena a duras penas los indómitos espíritus vitales dentro del marco escatológico, podemos presentir con qué rapidez y con qué violencia se liberarán. En Petrarca y Boccaccio, el espacio histórico se convierte en una forma completamente terrenal y autónoma, y a partir de aquí se derrama por Europa la corriente fecunda de evidencia histórico-sensible, aparentemente ajena a su origen escatológico, y no obstante unida a ella en secreto por el sólido entrelazamiento del ser humano con su destino histórico y concreto.

Con esto no estamos diciendo de ninguna manera (lo cual estaría también en contradicción con los hechos) que se prefirieron exclusivamente los materiales de la vida y de la historia. Los temas de índole mítica o religiosa mantuvieron sus derechos; adquirieron una forma más rica y profunda que hasta entonces, pues fueron incorporados a la historia en el sentido mencionado; se deshizo la rigidez emblemática de la leyenda tradicional, y de la plenitud del destino que hasta entonces había permanecido oculto casi siempre bajo

el símbolo dogmático y espiritualista, el artista creador pudo elegir del destino asignado al personaje aquellos momentos de su vida empíricamente vivida que le parecían ofrecer la evidencia y representatividad más perfectas del mismo. Y otra forma de poesía que sin duda ocupa la posición más relevante en la Europa moderna impregnando a todas las demás, la autocreación lírica fundada por Petrarca, sólo fue posible gracias al descubrimiento del espacio histórico. Y es que sólo en él pueden desarrollarse los estratos del sentimiento y de los impulsos, toda la unidad y las vicisitudes de la persona; la persona empírica, el individuo, podía pasar a ser ahora en su vida interior objeto de imitación.

A partir de entonces, la verdadera imitación sufrió un enriquecimiento descomunal y graves peligros. Su exposición no es tarea de este libro que se ha esforzado por comprender la obra de Dante en su unidad a partir del asunto que trata con el convencimiento de que sólo a partir del espíritu de este asunto puede reproducirse su manifestación histórica de manera que «del hecho el decir no sea diverso».